Jorge Diezma es un pintor de bodegones. Lo que no siempre se dice —y menos en los textos de exposición— es que ser pintor de bodegones no es solo una cuestión de técnica o composición: también va de tiempo, de presencia física, y de un olor que se queda. El punto de inflexión fue el drama con el buey de mar.

Era verano. Jorge estaba de lleno en una de esas temporadas intensas y eternas en las que se alternan idas al mercado de Pere Garau, visitas al pescadero, y el regreso al estudio con el botín: peces brillantes, escurridizos, todavía con algo de vida —y un olor penetrante que a mí me marcó más que cualquier barniz. Con meticulosidad, preparaba cada escenografía: una suerte de teatrillo húmedo, de naturaleza viva a punto de dejar de serlo. Cuando los modelos no estaban posando, regresaban a la nevera del estudio, junto a las cervezas, como si nada. Y entonces, el buey de mar.

Aquel crustáceo, testarudo y resistente, se ganó la empatía del pintor. Después de pasar más sesiones que muchos modelos humanos y varias noches en la nevera, el buey seguía vivo. Sus patitas se movían. Sus ojos te interpelaban. Jorge, conmovido por su aguante, decidió liberarlo. Lo llevó al mar, que por suerte tenemos cerca. Pero en cuanto tocó el agua, el buey se dejó morir con una dignidad melancólica. ¿Cómo se justifican estos pequeños (o grandes) asesinatos? Algo se quebró ahí. El moribundo empezó a mirar al pintor, y el pintor ya no pudo mirar igual.

Desde entonces, Jorge empezó a espaciar sus naturalezas muertas demasiado vivas. Ahora pinta muchos más peces a partir de otros cuadros. Los copia con respeto, casi como si cada pincelada pidiera disculpas al original. Eso sí, alguno que otro aún pasa por el estudio. Pero muchos menos que antes.

Los peces que sobrevivían lo justo para posar, si no pasaba demasiado tiempo, acababan siendo cocinados. No puedo negar mi creciente rechazo, que se volvió definitivo durante el embarazo de nuestra hija Marcela. Hipersensible a los olores, fui testigo de un festín a base de pescados y mariscos que Jorge guisó para unos amigos. Ellos se marcharon felices, satisfechos. Yo me prometí no volver a probar un animal marino que hubiera pasado por su estudio. Que se queden en el mar. Todos.

El último gran episodio olfativo ocurrió tras un apagón que dejó fuera de combate la nevera del estudio, justo después de una de esas rachas de producción intensa, probablemente antes de ARCO. Jorge, que se había tomado unos días de respiro, volvió al estudio y encontró algo parecido al infierno: un hedor imposible, una peste medieval. Hubo que deshacerse de la nevera entera. Casi del estudio.

Y es que, a través de su práctica, Jorge experimentó de forma directa lo que desde el principio sugiere un *vanitas*, un bodegón: una naturaleza que ya no lo es. Las *vanitas* son una variante específica dentro del bodegón, pensada para recordar la fugacidad de la vida y la certeza de la muerte. Un recordatorio de que todo se acaba, que todo es perecedero. La pintura finge detener el tiempo, pero lo único que consigue es señalar que ya ha pasado. Por eso huele, por eso se pudre.